



Miguel de Unamuno, posando para el pintor de Granada José María López Mezquita, en Hendaya a finales de 1925, en fotografía de Venancio Gombau.

**Uno existe para los demás, pero se desconoce a sí mismo. Por ello insiste Unamuno en las imágenes volátiles**

Tula' y 'San Manuel Bueno, mártir'.

El hombre está atrapado en las convenciones de la vida social y desconoce lo único que, en verdad, le ata: su propia realidad como ser, el misterio de su propia existencia. Uno existe para los demás, pero se desconoce a sí mismo, no encuentra el camino para llegar hasta su certera identidad. Por eso insiste Unamuno en las imágenes volátiles, inconsistentes del espejo, del sueño, de la ficción, de la niebla. El hombre vive ofuscado en los engaños que él mismo se crea, siempre a través de la veleidad de la palabra, y se convierte en un producto social que vive a espaldas de sí mismo.

Esa es la gran antinomia a la que todo ser humano se enfrenta: por una parte, su dependencia y necesidad de los otros (y aquí bascula el concepto del amor); por otra, la exigencia de conocerse a sí mismo, de abstraer en su existencia su individualidad, la esencia propia del yo. La introspección como lucha despiadada, como agonía. Ello sucede en la revelación dolorosa –como un segundo nacimiento, el verdadero– «de la conciencia de la muerte incesante». Solo cuando el protagonista cae en la cuenta del profundo significado del existir, del propio ser (y ello sucederá en el memorable capítulo XXXI en que tiene lugar la terrible lucha dialéctica entre él y el autor de su nivoleasca vida, Unamuno), se rebelará contra su muerte aleatoria, contra la arbitrariedad de no disponer de sí mismo y ser siempre, de perdurar.

Para el hombre no hay otra soberanía que la vida, aunque ella le envuelva en el enigma y le devore. Ante el gran abismo de la muerte, la única evidencia, comprender su sentido o su absurdo es toda su misión, si quiere vivirla heroicamente. Como dejó escrito en 'Vida de don Quijote y Sancho' –y a Antonio Machado le pareció una sentencia portentosa–: «La verdad no es lo que nos hace pensar, sino lo que nos hace vivir».

Esta novela, 'Niebla', digna siempre de relectura, no cesará nunca de ser banco de sorpresas y surtidor propicio de sentidos. Como fruto sazonado de su autor, que en ella puso lo mejor de sí mismo, de su alto pensamiento y su desasosgado apasionamiento intelectual y vital.



CÉSAR  
AUGUSTO  
AYUSO

# Cien años de 'Niebla', de Unamuno

## (y 2) La única evidencia

**E**l desafío novelesco de Unamuno al lector va más allá de los meros juegos narrativos o formales y se dirige expresamente al contenido, a las ideas, a las más altas y profundas verdades con las que un hombre debe encararse: la propia vida, el propio ser. Por eso, prescinde de las peripecias novelescas habituales, esas que al lector convencional le sorben el seso y le enajenan de su propio acontecer existencial mientras le conducen a un desenlace evasivo, artificioso.

El inicio de la novela es ya una llamada de atención de que la vida –la real, no la novelesca– no es algo previsible o gobernable, sino que es puro azar, y que, lejos de acontecimientos sublimes, se teje con «mil pequeñeces de lo cotidiano». La vida es una nebulosa, y en ella se avanza palpando, a tropezones. Augusto sale de casa, observa la lluvia y siente cierto disgusto por tener que desplegar el paraguas. La vida humana no participa de la belleza ideal, el uso al que está obligado de las cosas le recuerda que su paso por ella no le permite la contempla-

ción, sino que le impele a transitarla con sentido práctico. El azar de la lluvia le lleva al amor. Y todo lo que venga después no será sino un debate sobre qué sea ese sentimiento que le embarga, si es realmente una realidad metafísica o una mera convención social con la que el hombre da respuesta a ciertas necesidades o carencias vitales.

Utiliza Unamuno, sabiamente, para prender en el lector la duda e inmiscuirle en el

debate, el perspectivismo, poniendo en boca de distintos personajes otras tantas visiones u opiniones sobre el concepto y la realidad del amor. Lo que en el protagonista puede parecer platónico e intuitivo, en otros personajes adquiere evidencias mostrencas, hasta vaciarlo de todo sentido ideal, metafísico, y reducirlo a la pura convención social, pragmática, del matrimonio. La necesidad de enamorarse surge en Augusto solo una vez

muerta la madre, y con cierta confusión, porque le hace vacilar al hilo de las circunstancias entre Eugenia y Rosario, y no le permite olvidar su consejo: «Busca una mujer de gobierno, que sepa querer... y gobernarle». Lo que dicen sus personajes, lo dice el mismo Unamuno, que gusta de la paradoja como acicate intelectual y vital. En boca del don Avito de 'Amor y pedagogía', al que por un momento le hace asomar en la novela, le aconseja a Augusto algo muy parecido –algo que el propio escritor vasco tenía bien asumido en su vida–; le aconseja que se case no con la mujer que quiera, sino con la que le quiera, como único remedio para recobrar la indispensable protección de la madre perdida.

Tanto contra entelegías como contra cientifismos, por boca del citado don Avito defiende Unamuno la verdad suprema que al hombre le interesa conocer: «La vida es la única maestra de la vida». El amor novelesco, el del súbito flechazo y desmedidas pasiones y avatares turbulentos que inunda la literatura, lo califica por boca de uno de sus personajes «tontería de poetas». Por eso sus novelas no tienen el final feliz, consolador, de la literatura fácil. Sus protagonistas –Apolodoro en 'Amor y pedagogía', Augusto en esta– fracasan en su intento de medrar en ese amor ideal al que quieren subordinar la realidad. No son correspondidos y, al negarse a aceptar que no es el amor con mayúsculas lo que deben buscar, sino algo más doméstico y accesible como el cariño, acaban malogrando trágicamente sus vidas. Y para demostrar que el amor no es pasión, sino proyecto de vida, y que puede ejercerse al margen del matrimonio, también con un sentido espiritual, escribiría posteriormente 'La tía